

muestra que esta posición es mucho más frágil que el iusnaturalismo clásico, no sólo teóricamente, sino también *procedimentalmente*, generando más problemas jurídicos que los que pretende resolver de una manera *racional*. Al final el crítico, Manuel Aragón, tiene que rendirse ante la insuficiencia del positivismo para resolver los temas jurídicos actuales y termina diciendo que "no se trata ahora de extenderse en juicios retrospectivos. Más interés tiene el alertar sobre los nuevos dogmatismos (nacionalismos, racismos, fundamentalismos) que hoy aparecen en el horizonte y que pudieran constituir en el futuro, otra vez, y con distintos rostros, el mayor peligro de la democracia parlamentaria. Desde ese punto de vista, el libro de Schmitt no deja de ser, desde luego, un buen acicate para que *la razón no vuelva a adormecerse*" (pág. XXXIV).

Estamos, pues, otra vez con el genial sordo de Fuendetodos: el sueño de la razón produce monstruos (13). Lo ocurrido en la humanidad desde que se abandonó una concepción trascendente de la misma, los ha producido y tales como sus *idealistas* seguidores no los podían imaginar. En fin: al profesor Aragón se le podría aplicar el conocido dicho portugués: *Tiene razón; pero no toda. Y la poca que tiene, no vale nada.*

ANTONIO SEGURA FERNS

Vittorio Messori: LOS DESAFÍOS DEL CATÓLICO (*)

Durante décadas los fieles católicos nos hemos visto privados de libros apologeticos. En una ocasión análoga me he referido al defecto que implica la publicación reciente de los textos de Chesterton o C. S. Lewis en castellano, como la única y más punzante apologética disponible. Y no es sólo que C. S. Lewis nunca

(13) En el Comentario al grabado número 43 de los *Caprichos*, "la fantasía abandonada de la razón produce monstruos imposibles".

(*) Planeta, Barcelona, 1997, 197 págs.

diera el paso al catolicismo y que Chesterton demorara el hacerlo público; es que ambos murieron hace ya largas décadas y antes de la crisis conciliar.

Por eso los libros de Vittorio Messori son toda una innovación: un autor apologético vivo, que escribe en los diarios de nuestras mismas fechas.

Sin falsa modestia, dice de sí: "tengo la impresión de que muchos lectores se acercan —y, generosamente, aprecian— a mis escritos «a falta de algo mejor» porque "existe en la actualidad una fuerte demanda de información objetiva y «no compleja», expresada desde una perspectiva cristiana en general y católica en particular. Esta «demanda» no se ve correspondida por una oferta adecuada".

Vittorio Messori posee tres cualidades para ser un buen apologeta: Fe viva y profunda, se percibe en él alguien que atiende al Evangelio, a Cristo en definitiva, más que a un 'cristianismo'; documentación sólida y profunda; y estilo ágil.

Tiene además una cualidad especial para polemizar: es un converso procedente del espíritu moderno, laico y racionalista. Conoce por propia experiencia tal ambiente espiritual, y por eso no vacila en denunciar sus errores, sin extremar la presunción de virtudes y buenas intenciones que es tacha de muchos maestros cristianos, que temen señalar con crudeza los móviles junto a la gravedad de ciertos errores contemporáneos.

Por otra parte, paradójicamente, ese mismo origen le ha preservado del contagio desacralizador que rezuman muchas universidades y cátedras católicas, mucho más insidioso por transmitirse con 'voz católica'.

Hay que considerar un verdadero don de Dios que, pese a las corrientes dominantes en el mundo católico, tan opuestas, alguien, en su propósito de defender una visión completa del mundo integralmente católica converja, sin depender de su herencia, con la herencia de la silenciada escuela contrarrevolucionaria. Lo que no debe dejar de reconfortarnos: la verdad encuentra sus caminos a la postre.

* * *

El pasado año hicimos una reseña de una recopilación de sus colaboraciones en *Avvenire* centrada en la apologética históri-

ca (1). Ante el éxito de público conseguido la editorial ha lanzado al año siguiente una nueva colección, esta vez de franca —aunque no menos cortés— controversia en temas de rabiosa actualidad. La suya no es ya una iniciativa apologética, sino una apologética que toma la iniciativa, casi la ofensiva. Y es que no hay por qué limitarse a defender a la Iglesia del injusto juicio del mundo. Con mucha más razón debemos los cristianos someter al juicio del Evangelio lo que por el mundo pulula de bueno y de malo (*Vid. Mt., 19, 28 y I Cor., 6, 2*).

Los artículos recogidos, muy diversos, están estructurados en un orden riguroso: los desafíos de los hermanos separados (cristianos sin Papa), de los antepasados hebreos; de los parientes cercanos (musulmanes); de los nuevos paganos (ecologismo); de los problemas de casa (en el seno de la Iglesia); y, finalmente, de lo Sobrenatural.

* * *

Desde luego, Messori no está acomplejado, su rigor y su libertad de espíritu, su falta de respeto humano para mantenerse en 'lo políticamente correcto', le permite concluir juicios y a continuación brindármolos, que en los fieles subyacen por el *sensus Fidei*, pero que no se escuchan en voz alta.

Es un placer leerlos presentados con toda su fuerza, sin disimulo, e... irrefutables.

Así nadie se atreve hoy a expresar algo tan natural como que "el hombre es siempre igual, y nadie —pero nadie, ni siquiera los judíos— está libre de aquel pecado original que nos expone a todos a la intolerancia, incluso de forma sangrienta", y que "el antisemitismo es una de las muchas facetas (si bien de las más llamativas y abyectas) del rostro oscuro de la historia". Hace un servicio a la verdad, y evitará muchas neurastenias por complejos de culpa unilateral, recordando que el judaísmo persiguió realmente con saña a la Iglesia recién nacida y que el poco conocido reino jázaro, convertido al mosaísmo, no fue menos intolerante.

(1) VITTORIO MESSORI, *Leyendas negras de la historia*, Editorial Planeta, Barcelona, 1996, 267 págs. *Vid.* nuestra reseña en *Verbo*, núm. 345-346.

Del Islam, hoy tan alabado por sus virtudes (sea por temor a pasar por racista o por miedo a su larga mano) reconforta ver como lo define con exactitud como un "judeocristianismo simplificado", que niega, con la Trinidad y la Encarnación, también la Cruz. Que entre los noventa y nueve nombres de Alá no figura el de Padre y su Religión es una sumisión (islam), pero no una misericordiosísima Alianza, incluso unas bodas.

El breve repaso a la historia del Islam es concluyente, aun cuando pudiera ser mucho más severo sin apartarse de la verdad: "islamismo y guerra van indisolublemente unidos. Se trata con seguridad del mensaje religioso (antes del comunismo y del nazismo, también "religiones guerreras") que más ha azuzado la agresividad humana" ... "Guerra y Corán componen, desde sus inicios hasta hoy, un férreo binomio".

Nos recuerda la suerte, en el pasado y en el presente, de los cristianos bajo la dominación mahometana, y pide que "a la desconcertante complacencia «cristiana» [ante la apertura de mezquitas en Occidente] se una la conciencia de la tragedia de muchos hermanos bautizados en tantos países de mayoría musulmana".

Pero, sobre todo, se atreve a concluir que "con el islamismo es imposible un verdadero diálogo". No ya por la presión externa —pena de muerte incluida— contra la predicación y la conversión, sino porque el Corán declara falsificadas las escrituras judías y cristianas, por lo que es inútil leerlas. ¿De qué modo cabe un diálogo con quien no quiere juzgar la realidad cristiana sino atenerse a lo que de ella ya dijo —tergiversado— Mahoma?

De pasada, Messori, nos deja dos avisos a considerar por los españoles: no hay inmigrantes magrebíes individuales, hay una verdadera migración de pueblos que se trasladan sin pensar en integrarse; y mientras, el lema de los Hermanos Musulmanes es doble: Palestina y Andalucía.

La parte dedicada a los occidentales "verdes" es verdaderamente sabrosa. Porque el ecologismo es un verdadero tabú de nuestro tiempo hasta ahora exento de crítica.

No se trata sólo de que Messori recuerde que ni los occidentales están dispuestos a bajar su tren de vida ni los pueblos en desarrollo a alcanzar el de aquéllos.

Ni de ver como los ecologistas radicales, de fanatismo cuasi-religioso, son izquierdistas intentando "crearse un espacio, una razón para sobrevivir". Pero sin querer reconocer la contradicción de que hoy arman tanto ruido como antaño, reivindicando exactamente lo contrario que en el reciente pasado, pues el "rojo" creía firmemente en el progreso indefinido por medio de la liberación de las fuerzas productivas, y la innovación técnica, y el "verde" recién reciclado se opone por sistema a la introducción de toda obra humana, es rígidamente inmovilista en tanto no puede imponer el retorno al mundo premoderno (aunque no querría renunciar a él).

Messori va a la raíz, destacando el carácter ideológico del ecologismo, insensible a los hombres y las verdades concretas porque "para el «creyente» lo que importa es el triunfo del modelo ecológico". Más aún afirma que el nazismo era en el fondo un ecologismo "mucho más coherente con sus premisas que el actual", pues su amor a la naturaleza pura y genuina se aplicaba a la humanidad como una especie animal más. ¿No predicán los animalistas radicales o los partidarios de Gaia la eliminación de toda pretendida jerarquía entre el hombre y los animales?

Y además, se atreve a refutar muchos mitos ecologistas con razonamientos corroborados por la denuncia de las rectificaciones diametrales por parte de entidades como Green Peace de errores clamorosos pero nunca reconocidos en materia de comportamientos vetados y recomendados.

El capítulo dedicado a los desafíos en el interior de la Iglesia contiene reflexiones y denuncias, como las de la proliferación de burocracias y documentos. Messori recuerda que en la Iglesia toda la autoridad y la responsabilidad fueron hasta ahora personales, no diluidas ni anónimas.

Pero contiene una joya: la carta abierta a Hans Kung, aplicable a tantos jerifaltes progresistas, donde, con humor, le reprocha su opción por un mundo moderno cada vez más trasnochado, en tanto que reclama para sí, como teólogo de vanguardia, una especie de infalibilidad que rechaza en el Papa.

Cristiano hasta la médula y directo hasta el final, Messori cierra su libro haciendo alusión a manifestaciones comprobadas de lo sobrenatural en nuestro mundo: apariciones, milagros, profecías documentadas han existido y siguen produciéndose. El cris-

tiano no pude dejarlas de lado. Forman parte de la voluntad de Dios por mucho que incomoden algunos esquemas.

* * *

En resumen: el mundo contemporáneo no resiste un juicio, y no es quien para juzgar a la Religión Católica.

¿Es esto triunfalismo? No, mientras al mantener la superioridad católica no nos apartemos de la verdad y reconozcamos los puntos negros y las lagunas de los cristianos. Es simplemente Fe. Adhesión a Cristo y confianza en que nada puede ser mejor que Él y que sus designios.

Ciertamente, repugna al *sensus ecclesiae* pensar que los fieles, iluminados por la Revelación y contando con las gracias que nos procuran los Sacramentos, hubiéramos de arrojar un balance global no ya inferior, sino aun igual al de los que no gozan de esa gracia. Ni se manifestaría la obra de aquélla, ni la Iglesia Católica podría mostrar motivos de credibilidad.

* * *

En su prólogo, Messori nos dedica estas cálidas palabras: "Un lector que (si ha leído la antología anterior) sabrá cuánto amo y aprecio la maravillosa epopeya católica del país. Nosotros, los creyentes en Cristo, le debemos mucho a España, y yo me siento especialmente feliz al rebajar un poco mi deuda, también con estas páginas, hacia una tierra y un pueblo de los que todos hemos recibido tanto en lo referente a su pasión y compromiso en la defensa y la difusión de la Verdad evangélica".

En resumen: un libro valiente y provechoso, poco habitual, contra corriente, que se lee de un tirón y que recomendar muy vivamente.

Algún defecto tiene: pueden desconcertar sus capítulos sobre Nostradamus o el Judío Errante; hay alguna traducción al pie de la letra ('palabra de orden' por consigna, y un chirriante 'insiriéndolo' por insertándolo). Pero el defecto principal es su brevedad: sabe a poco, y leeríamos con gusto mucho más. Esperemos que se nos siga traduciendo a Vittorio Messori.

LUIS MARÍA SANDOVAL